



Por: José Luis Rodríguez, leyenda viva de HP.

El mejor marisco de mi vida



José Luis Rodríguez lo ha sido todo en HP. Alma del canal, sus más de tres décadas de dedicación a la compañía dan para muchas anécdotas. Una de las más 'sabrosas' es la que nos cuenta esta 'Leyenda viva de HP':

"Corría el año 1978. Entonces, los desplazamientos no eran tan sencillos como ahora. Las carreteras no son las mismas, lo que condicionaba cada viaje. Por eso, era preciso organizar minuciosamente la agenda para visitar a los clientes y, de esta manera, aprovechar las visitas. En aquella época era normal hacer un 'tour' que recorriera distintas ciudades durante una serie de días. Por poner un ejemplo, el lunes me marchaba para la cornisa cantábrica y regresaba el viernes. El periplo me llevaba a visitar a clientes en Gijón, Santander, Bilbao, Pamplona, Burgos, León y Valladolid.

En uno de esos viajes quedé en Santander con un cliente con el que, además, mantenía una excelente relación. Y, al ser el último día, me pidió un favor: que le lleve a arreglar a Madrid un reloj de control de horarios que, por entonces, estaba valorado en cerca de dos millones de pesetas. Lo cargué en el maletero del coche y, a pesar de su insistencia de que quedara a dormir en Santander, pues no hacía buen tiempo y, además, las carreteras ya he-

dicho que eran malas, regresé el jueves por la tarde a Madrid. En estos viajes siempre aprovechaba para cargar algo de marisco, que luego consumíamos en paz, amor y amistad. Con el marisco y el reloj en el coche, afronté el viaje de vuelta con la mala fortuna de que sufrí un accidente en un tramo del puerto de El Escudo. Y, por los comentarios de médicos, enfermeras y la gente que vio el estado en el que quedó el vehículo, todavía se preguntaban cómo estaba vivo.

Tras informar de mi situación y de mi estado al cliente de Santander, una ambulancia me trasladó al Hospital de Valdecilla, en Santander. Antes, tuve la precaución de coger mi maletín de trabajo, la ropa y el marisco, que no lo iba a dejar allí. Ya en Santander, más recuperado, mi amigo, el cliente, me volvió a reñir por mis prisas. Entonces, me preguntó por el reloj. Y, ante mi sorpresa, me volvió a preguntar si no lo habría dejado en el maletero del coche. "¡Pero si cuesta dos millones de pesetas!", me repetía una y otra vez. En ese momento, de lo que menos me acordé fue del dicho: reloj que dejé en el maletero de mi coche.

Afortunadamente, al día siguiente una grúa trasladó el vehículo a Madrid, ¡con el reloj en el maletero! ¡Y he de reconocer que el marisco que me traje supo mejor que nunca!